

Alerce

Año 6, N° 59, julio de 2019. Director: David Hevia

La poesía inédita de Juan Vera, fundador del Teatro El Riel

David Hevia

Nacido el 3 de febrero de 1945, Juan Vera Aldunce es un reconocido actor, dramaturgo y director teatral chileno. Formado en la Escuela de Teatro de la Universidad de Chile entre 1965 y 1970, integró el plantel del Teatro Nuevo Popular, para luego, hasta 1973, ejercer como escritor y director del itinerante Teatro Campesino. Meses después del Golpe de Estado, a comienzos de 1974, cruzó la cordillera junto a su familia en citroneta, desempeñándose en Argentina como actor en el grupo teatral de la Universidad de Salta, y poco más tarde viajó a Perú, donde se convirtió en profesor de la Escuela de Teatro La Cabaña, con la cual desempeñó funciones dramáticas en la obra *El Pueblito*.

En adelante, su exilio se traslada a Inglaterra, donde cursa un postgrado en dirección teatral en el Sid Cup de Londres, quehacer que compatibiliza con sus estudios de dramaturgia contemporánea en el Royal National Theatre, donde se forma bajo la conducción del legendario Harlod Pinter, poeta, actor, guionista y, sobre todo, uno de los más influyentes autores teatrales contemporáneos, quien en 2005 recibiría el Premio Nobel de Literatura. También por ese entonces, Juan Vera se convirtió en director asistente de la Compañía 7:84, liderada por John McGraath, en Glasgow, Escocia, y muy pronto se integró al plantel de actores del Teatro Popular Chileno en Londres.

La cosecha de ese intenso cometido no se deja esperar. Debuta en la dramaturgia británica con *Twelve Shifts of Gear* con Recreation Ground Company, dirigida en Londres por Frances Riffkin. Al año siguiente es el turno de sus piezas *Alien Land* y *The Drama Director*, bajo las batutas de Rob Walker y John Brooksmith, respectivamente. En 1978, en tanto, el reconocimiento a su trabajo se hizo patente al ser nombrado director de The Half Moon Company Workshop; en 1979, el aplauso de la crítica desembocó en la obtención del premio de The Art Council of Great Britain, otorgado por su obra *Thames Nitrate Company*, que se presenta igualmente en un festival internacional en Holanda y que más tarde aterrizaría en Chile con el nombre de *El salitre, o cómo el Banco de Inglaterra ganó la Guerra del Pacífico*.

Con ese galardón, decide regresar al país, donde funda, en 1981, el Teatro El Riel, una “barricada cultural”, como él mismo la definió, y bajo cuyo alero estrenó obras como *Los rompehuelgas*, *La Catalina*, *El relevo*, *Los amantes y los ojos* -que debutó en Gotemburgo, Suecia-, *Playa Negra*, *Rayados*, *El paraguas de la historia* y *Los diálogos de la Merced*. Fallecido el 15 de octubre de 2002, Juan Vera legó a la escena cultural, asimismo, un trabajo literario que incluye cuento, poesía -aún inédita- y las novelas *El galope*, que aparece en 1991, y

Cinco mil delfines y un túnel, publicada póstumamente en 2017, y que aborda la fuga de medio centenar de presos políticos ocurrida en Chile en las postrimerías de la dictadura.

Recientemente, la vida y obra del dramaturgo dio lugar a la producción del documental “El Riel de Juan Vera”, un largometraje de 107 minutos de duración, que explora el quehacer del director teatral desde diversas dimensiones. La cinta incorpora registros de época y testimonios como los que proporcionan, entre otros, Shlomit Waytelman, Mauricio Redolés y Ana María López.

“La importancia del documental radica no solo en el retrato de una compañía de teatro, sino cómo ella diagrama de alguna manera el proceso histórico de un país, y ese proceso histórico es el resultado de la reinserción de un autor, de vuelta del exilio, para generar una compañía de teatro con una lógica de resistencia en dictadura, y una postura de responsabilidad social”, señala el director del filme, Faiz Mashini.

“De ahí viene lo que me parece más interesante como fenómeno, que es cómo una compañía se mantiene en la transición hacia una democracia a la cual también se opone y de la cual también es paria”, agrega.

Sobre la tarea emprendida por El Riel, su directora, la actriz Ana María López señala: “Este fue un trabajo bien político. Como actores íbamos a las reuniones clandestinas de los sindicatos y escuchábamos lo que allí pasaba y después íbamos a las casas de esos trabajadores y veíamos como los conflictos discutidos en ese sindicato influían en la familia. Todas esas experiencias se entregaban a Juan Vera y a Mario Villatoro que trabajaba con Juan y allí decidían qué sindicato íbamos a elegir para empezar a ensayar las obras; nuestros consultores técnicos eran los mismos trabajadores. Ellos nos indicaban qué cosas querían que resaltáramos y Juan ponía la poesía. Fue una época de gran riqueza para El Riel, porque las vivencias se transformaban en obra y podíamos hacer un aporte. Eran tiempos en que incluso, mientras nos trasladábamos y veíamos a trabajadores con una alcancía, nos bajamos y los convencíamos de que no pidieran limosna, que hicieran una función de teatro y nosotros nos poníamos a disposición. Ahí fue cuando decidimos que nuestras salas de teatro fueran los sindicatos, los que abrimos y pusimos al servicio de la comunidad” (elsiglo.cl,

14 de diciembre de 2017).

A 17 años su partida, Alerce rescata la creación poética, hasta ahora inédita, de Juan Vera, cuyos versos reproducimos a continuación.

*

Los caminos húmedos y llenos de hojas
me salen al encuentro
el frío de los troncos me abraza
en lo más profundo de los líquenes.
El agua de los juncos
me lleva a las inmensidades silenciosas
a perseguir tu sombra y tu vestido
a apretarte con la tenaza de mi mano
como si fueras una fruta salvaje.
Son caminos sin luz
y mis manos se oscurecen
como el agua del estanque.
Persigo tu cuerpo por entre
vidrios pegajosos
y espero cada noche por ti en la estación.
Pero estás lejos
andas por los caminos llenos de gente
comiendo con tus compañeros de trabajo
bebiendo el vino fino de la temporada
discutiendo problemas con los tuyos.
Y dejo el bosque de líquenes
dejo la madriguera del zorro
salgo de la rama del mirlo
y voy por los caminos contigo.

*

Canto desde mi tierra avinagrada
sumergido en un barro espeso y verde.
Canto a los pájaros que hay en los árboles
a las mujeres que llevan a sus hijos entre los
pechos
a los hombres cansados
a los borrachos del día sábado.
Canto al vino, compañero ineludible
canto a la piel de las abejas y sus colmenares.
Miro trabajar al maquinista oscuro
de ojos vidriosos
lo veo conducir su tren nocturno
entre la niebla de dos ciudades.
Un viento corre entre las montañas y el mar.
Un cuento de ojos de niño se dibuja en tus
caderas.
Canto a los compañeros perdidos en los papeles
sindicales.
Sé muy bien a quién le canto
y sé, además,
a quién debo atacar.



*

Por las estepas milenarias
paseo mi cuerpo adolorido.
Tengo el olvido a flor de labios
y una ruina frente a mis ojos.
No tengo casa
solo una chaqueta suelta y sin botones.
Las calles transcurren y transitan
por sobre mi rostro endurecido.
No me quejo de los resultados
ni de los momentos que no he vivido.
Solo voy por los maltrechos caminos de mi tierra
errante de pensamientos
sin piel y sin huesos.
He descubierto mi sombra
y mi sombra es lo más vivo de mi cuerpo.
Las aguas estancadas
las bebo con deleite
y amo los árboles secos
como un recuerdo de otra vida.
Suelo también recorrer la orilla de las grandes
inundaciones
que asolan por días y noches el invierno de mi
patria
o los desiertos lugares de plazas polvorientas
donde los vientos ni la lluvia se conocen.
Recuerdo los fiordos y los pinos de mi infancia
porque han sido los momentos más felices de mi
tierra.
Recuerdo la lejanía de los hogares
y la risa de los niños antes de dormir.
Mi tierra es hoy día
una estepa seria y agujereada
por miles de aullidos surcada.
Hay mucho trabajo que hacer en ella.
Sacas las piedras
Enseñar a los pocos habitantes que quedan
cómo plantar un árbol
y aprender también nosotros a crecer juntos.

*

De pronto el fuego aparece
me rodea
asusta la cabalgadura
los sembrados fallecen de sed
y mi sombrero se escapa de los dientes.
Es la llegada del lobo
la hora en que los trenes arrastran miedos
el lugar oscuro de nuestro pensamiento.
Los cerros verdes
los copihues colgantes de humedad
los sombríos bosques de líquenes
las rosas silvestres y jugosas
los animales dóciles de las praderas,
el minero en su casa
el pan en los hornos
mi hermano en una metalúrgica
todo esto
lo recuerdo
porque tengo memoria
y no puedo borrarla.

*

Amo a una mujer alta y delgada
como un cordel
y me gusta por su trabajo y su piel.
Hay tardes en que me siento frente a ella
y simplemente la escucho
como si fuera una gran orquesta.

*

Despierto con el sol sobre mis ojos
sacudo mis pensamientos sobre la mesa

me nutro con la fruta fresca y madura
beso tu piel a escasos metros de la partida
salgo a la calle polvorienta
y estaré afuera hasta muy entrada la noche.
Entonces comienzo hablando
de mis compañeros de trabajo.
Sus arquitecturas de huesos
sus impulsos eléctricos.
Voy a la maestranza de locomotoras
a buscar entre las ruedas engrasadas
bajo las grúas descomunales
sobre el pavimento recalentado.
A la hora del descanso
comparto un tomate, un ají, una cebolla
agua fresca bajo los aromos.
Se habla de problemas cotidianos
se trata de entender problemas más oceánicos
y las manos
y los ojos
el sol comiendo las rendijas subterráneas de los
motores.
Se habla de fiestas populares
de sueños, de creencias.
El trabajo continúa sin intermitencias.
A lo lejos la ciudad avanza
cuchillo en ristre
a esperar la salida del turno.

*

Vuelvo a los puntos de partida
a las calles de barro y silenciosas.
Miro por las noches las estaciones vacías
con vértigo de señales y viento en los rieles.
Abrazo los postes cubiertos de lluvia.
Besos los pavimentos helados, rutas escondidas.
Voy hacia los cerros en busca de aguas
sumergidas.
Busco en las entrañas de mi tierra
los minerales eternamente extraviados.
Veo a mis hermanos, por las calles,
desaparecidos
y mi casa bajo siete llaves encerradas.
Esta no es mi tierra
Este no es el pueblo
de mi nacimiento.

*

Comienzo por lo más simple.
Por comer un plato de porotos
y escuchar palabras tranquilas.
Por poner atención
a las palabras de un niño,

a cerrar un libro terminado
y abrir uno recién empastado.
Cubro hojas con tinta de mañana
y cambio la ampolleta de la cocina.
Luego
abrazo mi abrigo largo
salgo a la calle
envuelto en mi humo largo
a mirar los árboles que aún están vivos.
Al llegar a mi lugar de trabajo
encuentro a mis compañeros
tristes al comenzar y alegres al terminar.
Comienzo por lo sencillo
escuchando el silencio de los ríos
y ejecutando tareas sindicales.
Te desnudo cada día entre los árboles
y muestro tu cuerpo por mis calles.

*

Vi desde la puerta de mi casa
un hombre blandiendo una tabla
un hombre dirigiendo los gritos
que venían tras la tabla.
Oí a mi madre reprender a mi padre
acerca de sus acciones pasadas
y de las futuras con el sindicato.
Tesoro de la casa,
hoy siento que no es desgracia
haber vivido con mis padres
ni haber seguido los mismos pasos
que se han dado.
Mi mujer, que no es mía,
reprende mis acciones
y es superior la olla
que abre su boca de negrura.



En la imagen: *La estación*, de Paul Delvaux.

